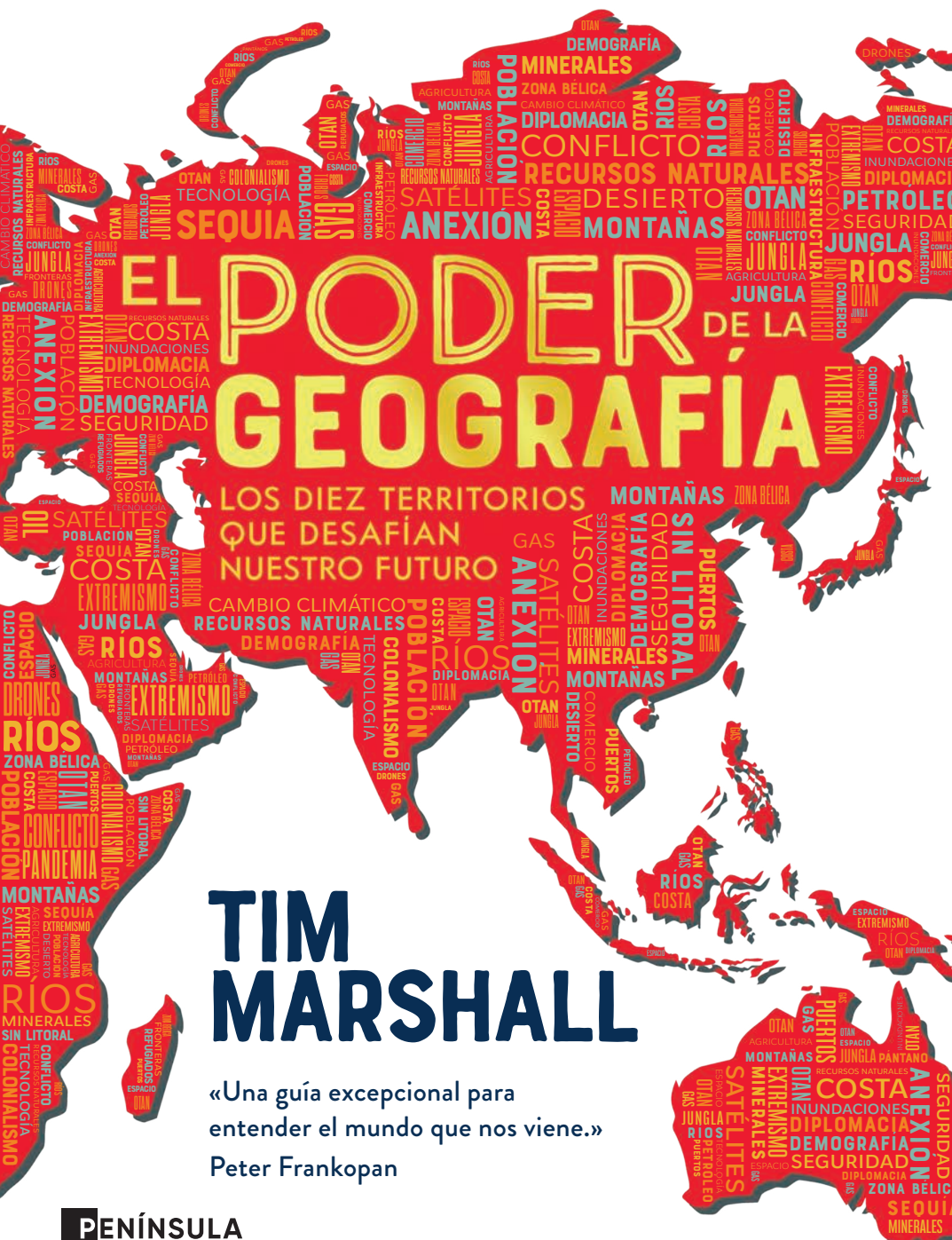


POR EL AUTOR DE  
**PRISIONEROS DE LA GEOGRAFÍA**



# El poder de la geografía

Diez mapas que revelan el futuro de nuestro mundo

Tim Marshall

Traducción de Arnau Figueras Deulofeu  
y Àlex Guàrdia Berdiell

Título original: *The Power of Geography.*  
*Ten Maps That Reveal the Future of Our World*

© Tim Marshall, 2021

Edición española publicada en acuerdo con Elliott & Thompson Ltd.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: noviembre de 2024

© de la traducción del inglés Arnau Figueras Deulofeu  
y Àlex Guàrdia Berdiell, 2024

Mapas: JP Map Graphics Ltd

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2024  
Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición  
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.  
Depósito legal: B. 17.901-2024  
ISBN: 978-84-1100-300-1

*Printed in Spain* - Impreso en España



## Índice

Introducción	II
1. Australia	23
2. Irán	65
3. Arabia Saudí	111
4. Reino Unido	155
5. Grecia	199
6. Turquía	235
7. El Sahel	273
8. Etiopía	321
9. España	357
10. El espacio	401
Agradecimientos	437
Bibliografía	439
Índice alfabético	451

Antaño, Australia estaba en medio de la nada; luego se convirtió en un lugar importante y ahora ocupa el centro del escenario. ¿Cómo sucedió eso?

En inglés nos referimos al país como *down under* ('ahí abajo'). Hablamos de una isla, pero de una isla sin igual. Es gigantesca. Tanto es así que también es un continente con colosales y frondosas selvas subtropicales, desiertos tórridos, sabanas sin fin y cumbres nevadas. Puedes ir en coche de Brisbane a Perth sin salir del mismo país, pero recorriendo una distancia parecida a la que separa Londres de Beirut pasando por Francia, Bélgica, Alemania, Austria, Hungría, Serbia, Bulgaria, Turquía y Siria.

Cuando decimos que está en medio de la nada, lo decimos en serio. De Brisbane a Estados Unidos hay 11.500 kilómetros de océano Pacífico en dirección noreste; América del sur se halla a 13.000 kilómetros de distancia hacia el este; y desde Perth, habría que cruzar 8.000 kilómetros de océano Índico en dirección oeste para llegar a África. Incluso la «vecina» Nueva Zelanda está a 2.000 kilómetros al sureste, y desde allí hasta la Antártida hay otros 5.000 kilómetros de masa acuática. Solo mirando hacia el norte vislumbramos la verdadera posición de Australia en términos geopolíticos. La inabarcable y avanzada democracia occi-

dentalista está justo al sur de la dictadura más potente del mundo en términos económicos y militares: China. Recapitulando, estamos ante un Estado/continente nacional situado en pleno Indopacífico, el motor económico del siglo XXI.

La historia de Australia comienza cuando los británicos decidieron deportar allí a sus presidiarios. Querían mandarlos lo más lejos posible y perderlos de vista para siempre. ¿Qué mejor lugar que el fin del mundo, un lugar del que jamás podrían regresar? Allí los encerraron y arrojaron la llave bien lejos. Pero al final, el mundo de las antípodas cambió y se doblaron los barrotes de la cárcel geográfica, de tal forma que Australia se convirtió en una pieza importante dentro del panorama político internacional. Eso sí, fue una odisea interminable e infernal donde las haya.

En la cita que incluyo al principio del capítulo, Don Bradman está hablando de un partido de críquet contra Inglaterra, pero sus palabras conectan con una mentalidad australiana forjada por la geografía del país. El concepto popular del *aussie* indomable que cree en la igualdad, habla sin tapujos y no se anda con majaderías podrá ser un cliché, pero es muy real. Su idiosincrasia es fruto de un territorio sofocante —buena parte del cual es inhabitable— del que ha brotado una feliz sociedad contemporánea que ha abandonado su carácter esencialmente monocultural para devenir uno de los países más multiculturales del mundo.

En la actualidad, Australia mira a su alrededor y se pregunta qué papel debería desempeñar y con quién debería juntarse.

En materia de política exterior y defensa, lo primordial para un Estado no es qué quiere hacer, sino qué es capaz de hacer. Y a menudo eso está limitado por la geografía. El tamaño y la ubicación de Australia son a la vez una ventaja

y una desventaja. Ambas cosas protegen al país de una invasión, pero también impiden su desarrollo político. Obligan a Australia a entablar grandes vínculos comerciales con territorios remotos, y eso, a su vez, exige disponer de una Armada fuerte para garantizar que las rutas marinas permanecen abiertas. En resumen, la distancia aísla a Australia de sus aliados fundamentales.

Australia no se transformó en isla hasta hace unos 35 millones de años, cuando se separó de la Antártida y empezó a flotar hacia el norte. En estos momentos va camino de chocar con Indonesia, aunque los habitantes de ambos países no tienen por qué temer; el archipiélago se mueve 7 centímetros al año y ambos países todavía disponen de varios cientos de millones de años para prepararse para el impacto.

Con 7,5 millones de kilómetros cuadrados, Australia es el sexto país más grande del mundo. Básicamente está formado por seis estados. El más extenso es Australia Occidental, que engloba un tercio del continente y es más grande que todos los países de Europa occidental juntos. A continuación, de mayor a menor tamaño, vienen Queensland, Australia Meridional, Nueva Gales del Sur, Victoria y la isla de Tasmania. Luego hay dos territorios federales, el Territorio del Norte y el Territorio de la Capital Australiana, además de numerosos territorios exteriores como las islas Cocos y la isla de Navidad.

La vida en Australia plantea muchos desafíos. Para empezar, desde que se convirtió en una isla hasta que llegaron los humanos (hará unos 60.000 años), hubo tiempo más que suficiente para que se desarrollara la singular fauna australiana. Teniendo en cuenta que casi todo lo que hay allí se desvive por morderte, pincharte, picarte o envenenarte, es muy curioso que en solo 30.000 años los humanos lograran esparcirse por todo el continente.

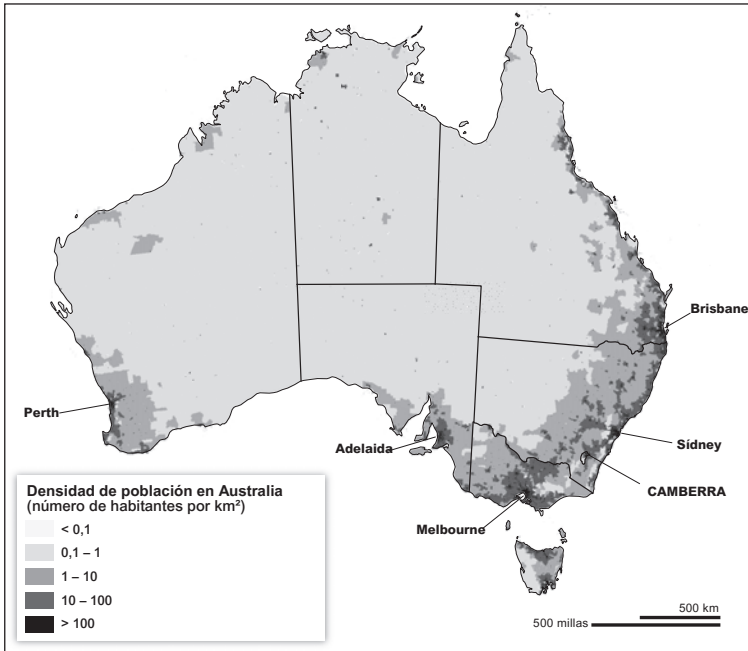
Lo que resulta más difícil de esquivar es el terreno y el clima. Gran parte del territorio se compone de áridas e infinitas llanuras, y apenas un 6 por ciento de ellas superan los 600 metros de altitud. Como continente, su clima y su topografía son extremadamente diversos. Podemos encontrar desde selvas tropicales hasta montañas nevadas. Pero la mayoría está formado por el *outback*, que cubre cerca del 70 por ciento de la superficie y es prácticamente inhabitable. Los grandes desiertos y llanuras del interior apenas presentan relieve; además, el agua escasea y las temperaturas veraniegas alcanzan con holgura los 38 °C. Allí nadie podrá acudir en vuestra ayuda si os metéis en un berenjenal.

En 1848 hubo un intento de cruzar todo el continente de este a oeste, desde Brisbane hasta Perth. La campaña acabó en fracaso cuando el líder de la expedición, Ludwig Leichhardt, desapareció con todo su equipo: una comitiva de siete hombres (dos de ellos, guías aborígenes), cincuenta bueyes, veinte mulas, siete caballos y una montaña de pertrechos. El inmenso *outback* guarda muchos secretos, entre ellos, el destino de Leichhardt. Todavía lo están buscando.

Durante milenios, la geografía ha dictaminado dónde podía tener lugar la actividad humana. Mientras los aborígenes practicaban el rito del *walkabout* en esos parajes desolados, los colonos europeos preferían quedarse en la costa, una tendencia que todavía pervive. En Brisbane, en medio de la costa este, empieza un cinturón urbano en forma de luna creciente que recorre el litoral por Sídney, Camberra y Melbourne hasta llegar a Adelaida, en la costa sur. A lo largo de ese cinturón encontramos los barrios residenciales y las ciudades satélite, que se adentran hasta 320 kilómetros en el país. Ahora bien, una vez que cruza-



mos las montañas y nos dirigimos hacia las extremas regiones del interior, lo urbano se desvanece. En la costa oeste encontramos Perth, y en el extremo norte se halla Darwin, pero la población nunca se aleja de la costa. Y es improbable que la cosa cambie.



Gran parte del *outback* australiano es inhabitable. La mayoría de la población reside en el sureste del país, siguiendo la costa.

Hace un siglo, el fundador de la geografía en la Universidad de Sídney, Griffith Taylor, levantó una polvareda afirmando que, debido a la topografía, en el año 2000 la población de Australia estaría limitada a unos 20 millones de habitantes. Osó decir que el desierto australiano era «casi estéril» para alojar población, una opinión considerada antipatriótica. «¡Agorero!», exclamó la prensa. «¡De-

terminismo medioambiental!»), se plañeron los políticos, que preferían el relato estadounidense de la expansión constante de Nueva York a California. Pero Taylor tenía razón y ellos se equivocaban. Han transcurrido cien años y la población de Australia sigue siendo de apenas 26 millones. Puedes recorrer los 3.200 kilómetros en avión desde Sídney hasta Darwin, o cruzar el *outback* hasta Perth, sin ver un solo pueblo. Casi la mitad de la gente reside en solo tres ciudades: Sídney, Melbourne y Brisbane. No es casual que ahí se encuentre la cuenca del río Murray-Darling.

La mayoría de los ríos solo llevan agua cuando es temporada, así que la red fluvial nunca ha sido un factor clave en el desarrollo del país. El caudal anual de todos los ríos del continente no llega ni a la mitad del volumen de agua del río chino Yangtsé. Si excluimos Tasmania, los únicos ríos australianos que tienen un flujo permanente se encuentran en el este y el suroeste. Los dos más grandes son el río Murray y su afluente, el Darling. Alimentado por el deshielo de los Alpes australianos, el Murray lleva un volumen suficiente para recorrer 2.500 kilómetros sin interrupciones hasta llegar a la costa sur. Hay partes que son navegables, y es la joya de la corona de la cuenca del Murray-Darling. Dicho eso, los barcos no pueden penetrar desde el mar, así que la capacidad para el transporte es limitada. En el siglo XIX se usaban barcos para transportar bienes río arriba, pero incluso las embarcaciones más pequeñas tenían problemas por la falta de lluvia y algunas encallaban en los afluentes secos. Aun así, el sistema del Murray-Darling contiene las tierras fértiles que han nutrido y dado de beber a generaciones enteras de australianos. Sin él, los primeros colonos a duras penas habrían logrado salir de la playa.



La cuenca del río Murray-Darling permitió que los primeros europeos se asentaran en el sureste de Australia.

Merece la pena comparar la historia de Australia con la de otro experimento colonial: Estados Unidos. El país norteamericano también nació con unos pocos asentamientos en una costa este fértil y luego se adentró en el continente. La diferencia está en que, al cruzar la cordillera de los Apalaches, la incipiente nación norteamericana se encontró con el mayor sistema fluvial del mundo, situado en una de las tierras más fértiles que hay: la cuenca del río Misisipi. En Australia hallamos una región de tamaño similar en la que no hay casi nada que permita el transporte, la agricultura o la vida. Además, la isla está mucho más aislada del sistema comercial internacional que Estados Unidos: se encuentra a 19.000 kilómetros del Reino Unido, mientras que las trece colonias que acabaron confor-

mando Estados Unidos estaban a 5.000 kilómetros de Europa.

Mucha gente comete el error de pensar que el capitán británico Cook «descubrió» el continente en 1770. Más allá del uso problemático del verbo *descubrir*, el primer desembarco del que se tiene constancia fue en 1606, cuando Willem Janszoon y la tripulación del buque de vela neerlandés *Duyfken* llegaron a la costa septentrional de Australia. Janszoon pensó que había recalado en la isla de Nueva Guinea y se fue enseguida, tras un encontronazo hostil con la población local. Hubo varias expediciones europeas más que establecieron contacto, pero ninguna se molestó en explorar el interior.

Cuando Cook llegó, fue evidente que había encontrado la legendaria *terra australis incognita*. El término, que significa ‘tierra austral desconocida’, proviene de las reflexiones del cartógrafo alejandrino Claudio Ptolomeo allá por el año 150 d. C. Su razonamiento era que, si el mundo era una esfera y arriba estaba la tierra de la que él tenía constancia, era obvio que, para impedir que cayera, tenía que haber tierra debajo. En ciertos aspectos, dio en el clavo. En Europa, Australia aún se ve como las antípodas; como el país que está «ahí abajo».

Huelga decir que los mapas de Cook estaban más actualizados que los de Ptolomeo. Él fue el primer europeo en desembarcar en la costa oriental. Lo hizo en la bahía de Botany —ahora parte de Sídney—, donde se quedó siete días. En esa época, los primeros encuentros de su tripulación con la población local debieron de parecer incidentes menores; a toro pasado, fueron trascendentales y auguraron lo que depararía el futuro. En su «Diario del Hble. sir Joseph Banks durante el primer viaje del capitán Cook con el buque de Su Majestad *Endeavour* en 1768-1771», el prin-

cial responsable científico de la tripulación de Cook reflexionó sobre aquel choque de civilizaciones y sobre las diferencias entre ambas: «Así vive esta gente, casi podría decirse que felizmente, contentándose con poco. No, con casi nada. Viven al margen de la angustia que genera tener riqueza, o incluso de la posesión de aquello que los europeos estimamos que son necesidades [...]. Su ejemplo demuestra lo poco que requiere realmente la naturaleza humana, algo que los europeos hemos incrementado en tal exceso que, si fuéramos capaces de transmitírselo, sin duda les resultaría increíble».

Aquel encuentro no bastó para impedir que Banks recomendara la bahía de Botany como sede de una colonia penitenciaria británica. El propósito era aliviar la terrible superpoblación de las cárceles del país y enviar a los delincuentes a un lugar del que tal vez nunca volverían. También se sopesaron las ventajosas implicaciones estratégicas de plantar la bandera británica a 17.000 kilómetros del centro del imperio.

Pertrechados los buques, reunidos los reos y cargadas las provisiones, la Primera Flota zarpó de Portsmouth el 13 de mayo de 1787 y llegó a la bahía australiana el 24 de enero de 1788. Los once barcos transportaban a unos 1.500 pasajeros: 730 eran presidiarios (570 hombres y 160 mujeres) y el resto eran personas libres, en su gran mayoría personal naval.

Al cabo de dos semanas, el hombre al mando, el gobernador Arthur Phillip, decidió que ese sitio era totalmente inapropiado para instalarse e hizo trasladar a todo el conjunto (prisioneros incluidos) a unos pocos kilómetros al norte de lo que sería el puerto de Sídney. En esa segunda playa reclamada para la Corona británica, Phillip dio un discurso registrado por el médico naval George Worgan:

«El gobernador dio órdenes estrictas de no ofender ni perturbar a los nativos bajo ningún concepto [...]. Se los tenía que tratar con amistad». Pero no fue así. El gobernador Phillip se las estaba teniendo con los eoras y los darugs en la zona alrededor de Sídney. Tras establecer contacto, las primeras interacciones fueron para intercambiar bienes, pero lo que no sabían los eoras y los darugs era que aquellos nuevos y extraños blancos que se habían colado en su territorio no pretendían comerciar, sino arrebatárles las tierras.

Aunque muchas generaciones pensaron que los aborígenes constituían un solo pueblo, hay múltiples etnias e idiomas diferentes en el país: los murrís de Queensland, los nungas del sur de Australia Meridional, los palawas de Tasmania, etcétera. Y todos se pueden dividir en subgrupos. Se calcula que su población total en 1788 era de entre 250.000 y 500.000 personas, aunque también hay estimaciones más elevadas. En las décadas siguientes murieron decenas de miles de ellos, y la guerra por la colonización de Australia se prolongó hasta el siglo xx.

A medida que los asentamientos cercanos a Sídney se expandían y aparecían otros en Melbourne, Brisbane y Tasmania, también proliferaron las «guerras de frontera». Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre los niveles de violencia, pero se calcula que murieron unos 2.000 colonos y varias veces esa cifra de aborígenes. Estos últimos fueron víctimas de muchas masacres. Es un relato triste en el que una parte considera que la otra no tiene derechos. A decir verdad, muchos colonizadores creían que los aborígenes eran prácticamente infrahumanos.

En 1856, la devastación de las culturas ya había sido tratada en un mordaz artículo de Edward Wilson, un periodista del periódico *Argus* de Melbourne:

En menos de veinte años los hemos borrado casi por completo de la faz de la Tierra. Los hemos abatido como a perros [...] y hemos condenado a tribus enteras a la agonía de una muerte atroz. Los hemos convertido en borrachos y los hemos infectado con enfermedades que han podrido a los adultos hasta los huesos. Y hemos convertido la vida de sus pocos vástagos en un calvario y una tortura desde su mismísimo nacimiento. Por nuestra culpa son ahora desterrados en su propia tierra y los estamos llevando a toda brida a la aniquilación total.

La desolación persiguió a los aborígenes hasta el siglo xx, mucho después de que hubieran cesado los asesinatos. A partir de 1910 se arrebató a los niños aborígenes de las etnias que habían sobrevivido y se los crio en hogares de familias blancas o en instituciones estatales. El objetivo era forzar su asimilación. La práctica continuó hasta 1970, cuando la «generación robada» superaba ya los 100.000 afectados. El derecho a votar en las elecciones nacionales no les fue concedido hasta 1962, y hasta 1967 los pueblos aborígenes no fueron reconocidos formalmente como ciudadanos australianos. En referéndum, se aprobó cambiar la Constitución para permitir contarlos en el censo y, por consiguiente, concederles un mayor acceso a los recursos públicos. Como dijo la activista por los derechos civiles Faith Bandler, «los australianos tienen que registrar a sus perros y a su ganado, pero no sabemos cuántos aborígenes hay».

El referéndum se aprobó con un 90 por ciento de votos a favor y un 93 por ciento de participación. Muchos consideran la votación un punto de inflexión, si bien a efectos prácticos no cambió nada de inmediato. Sí puso de manifiesto el deseo de ampliar la igualdad, pero había mucho trabajo por hacer, y la batalla todavía no ha acabado. Los hombres y las mujeres aborígenes se gradúan en la univer-

sidad, forman parte de la clase media y participan en todos los ámbitos del país moderno; sin embargo, su esperanza de vida es inferior a la media nacional y las enfermedades crónicas, la tasa de mortalidad infantil y el porcentaje de encarcelados son superiores. El paro, el alcoholismo y los problemas de salud abundan en algunas comunidades, junto con los problemas psicológicos provocados, en cierta medida, por la sensación de enajenación, acentuada por el éxodo de las zonas rurales a las ciudades iniciado en los años setenta.

Poco a poco la actitud hacia las «Primeras Naciones» ha ido cambiando, y en parte lo ha hecho al hilo de una serie de movimientos simbólicos. En los años noventa, el nombre del colosal monolito de color óxido situado en pleno desierto, conocido como Ayers Rock, se cambió por el título Ayers Rock/Uluru para dar cuenta de su nombre original en el idioma de los anangus, para quienes es un lugar sagrado. En 2002, se le cambió el nombre por Uluru/Ayers Rock. Y en 2008, el primer ministro Kevin Rudd reconoció la responsabilidad del país por los más de doscientos años de destrucción, represión y negligencia y se disculpó formalmente con los pueblos aborígenes por los abusos cometidos contra ellos.

Pese a todas las privaciones, en el siglo xx su población aumentó. Las estimaciones de los años veinte indican que había apenas 60.000 aborígenes, mientras que ahora hay unos 800.000 aborígenes e isleños del estrecho de Torres (étnicamente diferentes), sobre todo en Queensland, Nueva Gales del Sur, Australia Occidental y el Territorio del Norte. La mayoría de los cientos de idiomas que se hablaban se han perdido, y los que han sobrevivido apenas alcanzan los 50.000 hablantes.

Los colonos responsables de esa escabechina avanzaron por el continente despacio pero de forma implacable. A me-



dida que el Reino Unido mandaba barcos llenos de gente —en su mayoría, convictos—, la población blanca iba aumentando en varios miles de personas al año. En 1825, los exploradores ya habían franqueado una barrera considerada impenetrable: las montañas Azules al oeste de Sídney, y habían descubierto que al otro lado se extendía el inmenso *outback*. En ese momento la población era de 50.000 personas, pero en 1851 ya se había incrementado hasta las 450.000. Por aquel entonces, el transporte de presos había disminuido bastante y muchos de los recién llegados eran inmigrantes que buscaban otra vida en un mundo nuevo.

Todos llegaron a tiempo para la primera fiebre del oro australiana, que nació en el norte de Melbourne. La fiebre ayudó a transformar la sociedad australiana, pues cientos de miles de personas llegaron del extranjero para probar suerte. La mayoría eran del Reino Unido, pero también había gente de China, América del norte, Italia, Alemania, Polonia y un puñado de países más. Gracias a la «generación del oro», la población de Australia no solo se disparó hasta los 1,7 millones a principios de la década de 1870, sino que poco a poco se volvió más diversa en términos étnicos y culturales.

La locura de la primera fiebre del oro hizo que las primeras oleadas que rompieron en las costas de Melbourne estuvieran compuestas por muchos hombres jóvenes solteros. Ellos ayudaron a que germinara una atmósfera de Salvaje Oeste, pero la prosperidad condujo gradualmente a un cambio en el perfil de los migrantes. Poco a poco, diestros artesanos, comerciantes y profesionales, como contables y abogados, empezaron a llegar con sus familias.

Todos contribuyeron a esa nueva personalidad australiana, pero hay una teoría que señala que «los excavadores», como se llamaba a los buscadores de oro, fraguaron

ese carácter espabilado, esa actitud optimista y esa simpatía por los que se conoce a los australianos. Las formalidades del Viejo Mundo significaban poco en las accidentadas y embarradas regiones donde se buscaba el oro, y el espíritu autónomo —y al mismo tiempo comunal— de los buscadores contribuyó a crear una identidad menos supeditada a la autoridad colonial británica.

Al filo del siglo xx, Australia se estaba convirtiendo en un país moderno, aunque estaba formado por colonias que eran casi como países distintos; tenían escasas relaciones formales entre sí y a menudo les bastaba y sobraba con sus propios sistemas económicos y políticos. La distancia entre los asentamientos había resultado ser un problema. Como ya hemos visto, los ríos no eran adecuados para el comercio y el transporte, así que, en un principio, si se quería mover algo por tierra, se tenía que hacer por caminos llenos de baches. Además, tenían que usarse peones, porque había pocos animales de carga disponibles. Los primeros sistemas de transporte se concentraban en los puertos, desde donde se llevaban bienes hacia el interior de Australia o hacia la metrópolis. Como cada territorio era una colonia distinta, conectarlas por la costa no era una prioridad; así que esos primeros «caminos» conducían tierra adentro, pero no a lo largo de la costa (al menos no a grandes distancias). Con unas opciones tan limitadas, cada colonia siguió desarrollándose como una entidad separada.

En la segunda mitad del siglo xix nació un incipiente sistema ferroviario que conectó los pueblos del litoral y permitió empezar a unir la economía. A medida que se desarrollaron esos sistemas de transporte y comunicación, también se gestó la idea de que las diferentes regiones se juntaran para formar una federación. En 1899 se celebró un referéndum, aprobado con gran oposición, y el 5 de ju-

lio del año 1900 el Parlamento británico ratificó la Commonwealth of Australia Constitution Act ('Ley Constitucional de la Mancomunidad de Australia'). La reina Victoria firmó el decreto cuatro días después y, el 1 de enero de 1901, las seis colonias británicas se unieron para constituir la Mancomunidad de Australia. Medio millón de personas salieron a las calles de Sídney para celebrarlo. Australia no se había convertido en un Estado soberano, sino en una mera «colonia autónoma» —la independencia total no se declaró hasta 1986 con la Australia Act ('Ley de Australia')—, aunque sí se había dado un gran paso adelante hacia la autodeterminación.

Por entonces ya se había superado la marca de los tres millones de habitantes y Australia había comenzado a ser una sociedad urbana, en la que Sídney y Melbourne llevaban la voz cantante con casi medio millón de habitantes cada una. La mayoría de los inmigrantes seguían siendo británicos, pero, llegaran de donde llegaran, casi todos eran blancos. Una de las primeras leyes que aprobó el nuevo Gobierno fue la Immigration Restriction Act ('Ley de Restricción de la Inmigración'), posteriormente conocida como la política de «la Australia blanca». El redactado de la ley no era explícitamente racista, pero su intención sin duda lo era. A modo de ejemplo, cuando un migrante llegaba a la isla, un agente de aduanas podía dictarle un texto; la normativa permitía vetar la entrada a «cualquier persona incapaz de escribir y firmar un dictado de cincuenta palabras en una lengua europea indicada por el agente de aduanas».

Si, por un extraordinario casual, un potencial inmigrante de China lograba escribir cincuenta palabras dictadas en portugués, siempre se le podía pedir que volviera a repetir la prueba, pongamos, en flamenco. Según lo estipulado, el idioma era elegido «por el agente de aduanas». La

prueba solía ser la excusa para poder estampar un sello legal a una decisión tomada de antemano. La mayoría de las personas a las que se denegaba la entrada eran racializadas, pero la ley también podía servir para deportar a inmigrantes no naturalizados si se les condenaba por un delito con violencia. Nada de esto encajaba con la letra de la canción popular «Advance Australia Fair», que sonó en la ceremonia inaugural de la nueva mancomunidad y que acabaría siendo el himno nacional:

Infinitas llanuras tenemos por compartir;  
y para que Australia progrese limpiamente\*  
con valor, nuestras manos vamos a unir.

La opinión política y popular mayoritaria era que las infinitas llanuras solo se tenían que compartir con los blancos y, a poder ser, con los blancos británicos. La nueva ley iba dirigida sobre todo a los chinos, japoneses, indonesios y cualesquiera habitantes de la región que no solo amenazaran con llegar y trabajar por un sueldo más bajo, sino también con diluir la «pureza» racial de Australia. La política de la Australia blanca se mantuvo en vigor hasta los setenta. Siempre fue muy censurada por los países asiáticos más cercanos, sobre todo entre los que se estaban liberando del yugo de la época colonial.

Concluida la Segunda Guerra Mundial, llegaron en masa los «Ten Pound Poms» ('británicos de las diez libras'). Australia aún necesitaba mano de obra, así que los británicos podían pagar solo diez libras esterlinas para via-

\* El término inglés *fair* es tremendamente polisémico y puede significar tanto 'limpio' como 'justo', 'válido' o 'blanco'. De hecho, el uso de esa palabra en el himno nacional ha suscitado polémica por esa razón. (*N. de los t.*)

jar hasta el país oceánico a fin de empezar una nueva vida. El precio de un billete de ida y vuelta eran ciento veinte libras, el salario de casi seis meses para muchos trabajadores. Con lo gris que era la vida en el Reino Unido de posguerra y el rígido sistema de clases británico, la oferta de las diez libras era algo que muchos no podían desaprovechar. Entre 1947 y 1982, más de 1,5 millones partieron en dirección a «ahí abajo», donde había oportunidades, sol y, al principio, bastante miseria. Mi tía, mi tío y cuatro primos fueron algunos de los que migraron. Ann era enfermera y Dennis trabajaba en una zapatería. Zarparon de Southampton en 1972. Cambiaron Leeds por Melbourne y, tras salir de un hostel, dejaron de percibir un sueldo relativamente bajo para mejorar significativamente su nivel de vida. Ellos y los demás migrantes eran los *poms*, la abreviación de *pomegranate* ('granada'); la cuestión era que *pomegranate* a veces se escribía como *pommygrant*, una palabra lo bastante parecida a *immigrant* ('inmigrante') para pasar a formar parte del argot australiano.

Durante ese período, el Reino Unido siguió siendo la principal fuente de mano de obra, pero poco a poco la demografía de Australia empezó a cambiar. Una serie de sucesos internacionales dispararon el número de europeos que migraban al país oceánico, y el Gobierno abrió las compuertas y fue relajando la política de la Australia blanca. Italianos, alemanes y griegos se sumaron a las comunidades fundadas a finales de la primera década del siglo xx. Luego llegaron muchos húngaros que habían huido tras la revolución de 1956, seguidos por los checoslovacos tras la ocupación soviética de 1968. Con el tiempo empezó a llegar gente de Sudamérica y de Oriente Medio, muchas veces huyendo de la persecución. En los años setenta se permitió la entrada de miles de «personas de las barcas» (refugiados de

Vietnam); y en los noventa, a refugiados de las guerras de Yugoslavia.

Todo esto provocó un marcado cambio cultural en una sociedad esencialmente británica, o tal vez anglocéltica, que se convirtió en un país multicultural. Australia se transformó de una forma increíblemente fulgurante en lo que es hoy: una nación de gente con raíces en más de ciento noventa países. En el censo de 2016 había un 26 por ciento de habitantes nacidos en el extranjero, pero su origen da fe de los cambios en la política, la actitud y la economía mundial desde comienzos del siglo xx. De los nacidos en el extranjero, los británicos seguían siendo los más numerosos, pero en los diez primeros puestos de países que más migrantes habían aportado estaban Nueva Zelanda (con un 8,4 por ciento), China (con un 8,3 por ciento), India (con un 7,4 por ciento), Filipinas (con un 3,8 por ciento) y Vietnam (con un 3,6 por ciento). Cinco de esos diez países son asiáticos.

Mucho ha llovido desde 1901, y más aún desde 1788. Y no nos referimos solo al tiempo que ha pasado. Como en cualquier otro país, todavía hay racismo y desigualdad, pero Kevin Rudd resumió el cambio en un discurso que dio en 2019: «Debemos definir la identidad nacional de Australia conforme a los ideales, las instituciones y los principios de nuestra sociedad democrática, y no conforme a su composición racial».

La isla no ha dejado de ser un destino atractivo para la gente de fuera, como los trabajadores migrantes y los refugiados. Es un lugar que seduce tanto, y la gente está tan desesperada por llegar allí por el medio que sea, que todos los Gobiernos australianos del siglo xxi han aprobado leyes estrictas contra los que intentan entrar ilegalmente.

En 2001 la Marina australiana empezó a interceptar pateras llenas de refugiados y migrantes. Cuando se detectan

esas embarcaciones, se las fuerza a dar media vuelta, se las lleva a un tercer país o, en el caso de que se invite a los migrantes a embarcar en un buque de la Marina, se les conduce a las islas remotas de Nauru y Manus. Esa política se detuvo en 2008, pero se reanudó en 2012. Desde entonces se ha interceptado a más de 3.000 personas. Algunas han sido devueltas a su país de origen, pero a varios cientos se les ha concedido el estatus de refugiados en Estados Unidos. En 2020, unas 290 seguían internadas en las islas —en lo que Australia denomina «centros de procesamiento»—, donde han sido víctimas de graves ataques por parte de la población local.

Activistas por los derechos humanos han demonizado esa política por inhumana e ilegal, pero esa actitud hacia los inmigrantes todavía cuenta con suficiente respaldo popular entre el electorado australiano como para seguir en vigor. El número de embarcaciones ha bajado, pero ha aumentado el número de gente que llega en avión y luego solicita asilo.

La gente migra al país porque, en gran medida, la Australia contemporánea sigue siendo el «país afortunado». La expresión procede del título de un libro de 1964 escrito por Donald Horne: *The Lucky Country*. El autor pretendía ser sarcástico, pero el epíteto ha calado como una denominación positiva, y con razón. La nación oceánica es una de las más ricas del mundo, y la cosa no tiene visos de cambiar. Australia posee abundantes recursos naturales; entre otros, muchos que son ideales para vender alrededor del mundo. Su producción de lana, cordero, ternera, trigo y vino es de las más potentes del mundo. También alberga una cuarta parte de todas las reservas de uranio de la Tierra, los yacimientos de zinc y plomo más grandes del planeta, y es un gran productor de tungsteno y oro,

además de poseer grandes depósitos de plata. Asimismo, es un gran proveedor de gas natural licuado, si bien sigue produciendo enormes cantidades de carbón. Y he aquí donde el país se encuentra entre la espada y la pared (del Uluru).

Australia es perfectamente consciente de que los combustibles fósiles aceleran el cambio climático. El calentamiento global fue un factor decisivo de los terribles incendios de 2019 y 2020, agravados por unas temperaturas de récord y por la escasez de agua. En cuanto a las vidas humanas, solo se perdieron algunas decenas, pero también perecieron miles de koalas —uno de los símbolos del país— y cientos de miles de otros animales. Las llamas no alcanzaron las zonas urbanas, pero el cielo de Camberra se llenó de humo acre; durante un tiempo, la calidad del aire de la capital fue una de las peores del mundo. Los copos de ceniza blanca surcaron el país como nieve cálida y llegaron hasta Nueva Zelanda. El 4 de enero de 2020, Sídney fue uno de los lugares más calurosos del mundo: se llegó a una temperatura de 48,9 °C.

¿Quién puede vivir en esas condiciones? Por ahora, la respuesta es 25 millones de personas, pero si la Oficina Australiana de Estadística acierta en su predicción a medio plazo, en 2060 la respuesta será unos 40 millones.

Si los modelos de cambio climático son correctos, Australia se verá azotada por olas de calor cada vez más tórridas, por sequías y por incendios forestales, con lo que se convertirá en un paraje calcinado e inhabitable. Cuanto más se adentren en la naturaleza los suburbios de las grandes ciudades, más gente estará en peligro. Esto quiere decir que seguramente los australianos sigan anclados en la costa, superpoblando cada vez más las densas áreas metropolitanas, pese a la más que posible subida del nivel del



mar. El país necesitaría retirarse poco a poco de algunas zonas y poner en marcha un plan de urbanización a largo plazo para zonas consideradas de menor riesgo.

Australia dispone de luz solar en abundancia, pero carece de otra hipotética fuente de energía: el agua. La generación de energía hidroeléctrica es limitada por culpa de la topografía de las regiones por donde fluyen los ríos, mayoritariamente llana, y también por culpa del volumen variable del caudal fluvial. La excepción es Tasmania, donde el terreno y el clima ya han permitido desarrollar el sector hidroeléctrico. La escasez de agua ya es un problema, pero podría convertirse en un asunto de máxima prioridad. El país tendrá que debatir sin rodeos sobre la sostenibilidad.

Y eso implicará hablar del carbón. Todos los estados australianos tienen minas de carbón. El sector genera 69.600 millones de dólares australianos al año y, además, da trabajo a decenas de miles de personas. Por tanto, luchar contra el carbón no será tarea fácil. Antes de ser investido primer ministro, Scott Morrison armó un escándalo en el Parlamento al blandir un gran trozo de ese material y exhortar a la Cámara de Representantes: «No temáis, no temáis, que no os va a hacer ningún daño. Es solo carbón». Australia podría cerrar mañana su industria y no reduciría demasiado la contaminación mundial —el problema no se resolverá hasta que todos los países intenten reducir su huella de carbono—, pero sí afectaría profundamente la economía nacional. De ahí que probablemente el carbón siga reinando durante años, mientras el país sigue buscando otras fuentes de energía.

El acceso a la energía es una gran preocupación para Australia. Y, considerando la geografía y la ubicación del archipiélago, eso conlleva ineludiblemente problemas de seguridad.